

SISINIA ANZE TERÁN

LAS CRÓNICAS DELSUPAY

Grupo Editorial
 Kipus

ÍNDICE

Prefacio.....	7
Visita a las minas de Potosí.....	9
Las Crónicas del Supay.....	25
Transformación de Günther.....	36
Dentro de la mina.....	53
Dejando todo atrás.....	55
Florenia 1481.....	62
Dentro de la mina.....	78
Los Reyes Católicos.....	79
Toma de Granada.....	89
Una solicitud especial.....	99
La gran expedición.....	102
Dentro de la mina.....	123
Hacia tierras altas.....	124
Tiahuanaco.....	136
Cajamarca.....	143
Dentro de la mina.....	150
Muerte de Atahualpa.....	151
Paria.....	162
Ajuste de cuentas.....	170
Epílogo.....	175

PREFACIO

Como capilares sanguíneos en un tejido muscular, un laberinto de túneles y conductos se abre paso por los muros de la mina del Gran Cerro de Potosí. Brillan innumerables luces parecidas a inquietas luciérnagas resplandeciendo en la oscuridad. En mitad de la nada, cualquier insignificante ruido se multiplica y deforma, emitiendo espeluznantes ecos que rebotan por los muros. Todos los lugares parecen iguales. De alguna extraña manera, aquel escenario tétrico posee cierta belleza.

Günther comienza a percibir una presencia familiar, aromas palpitantes sumidos en misterio y en enigmas de un mundo pasado. Se pone de pie y sale hacia los túneles externos. Se detiene y, mirando a los alrededores, calcula todo el esfuerzo que ha invertido durante siglos en surcar aquellos pasadizos oscuros y abandonados, los cuales han trazado un mapa indisoluble de complicados esquemas en su mente. La mina le proyecta una sombra sobre el negro umbral de la gruta y, de entre la bruma, aparece Lucius, tan inmaculado con su traje negro y la almidonada camisa blanca, como una perfecta y elegante imitación del hombre del siglo veintiuno. Parece de esos cadáveres listos para meterlos al ataúd. ¡Ah!, qué momento más emocionante, como cuando el péndulo llega al cenit de la dulce demencia y se lanza en su balanceo a una nueva sensación.

—Hijo de mi legado —dice, Lucius, con voz grave—. Amado hijo de mi linaje. Por fin os encuentro —expresa abrazándolo.

Por debajo de su pálida piel se destaca la poderosa ondulación de sus músculos. Tiene los ojos vidriosos y mansos; la sonrisa, cálida

y fluida. En cambio, los ojos de Günther están enrojecidos, cansados y viejos. Su pelo, ondulado y espeso, está cubierto por una capa de polvo que le ofrece un aspecto siniestro. Sus ropas, a pesar de ser finas y delicadas, son antiguas, cosidas a mano, tan polvorientas y descoloridas como las vestimentas de un espectro. Lucius, al verlo, lo compara con una vieja y triste gárgola de piedra.

—Maestro —exclama Günther— ¿Cómo me habéis encontrado?

—Habrà tiempo para contaros —expresa— por ahora, debemos salir de aquí. Aún tenéis mucho por ver y conocer.

—No, maestro. Yo pertenezco aquí. Por fin he encontrado sentido a mi eterna existencia. Odio ser un errante monstruo que se arrastra por el mundo, sediento de sangre. Aquí soy un dios, respetado y venerado por miles. De todas partes mis devotos llegan para rendirme pleitesía. Yo soy el protector. Me necesitan. No tengo necesidad de volver a matar. Aquí, me ofrecen la sangre de llamas, a cambio de mis favores. Me temen, sí, pero mi presencia también les infunde respeto y devoción. ¿No lo veis, maestro? Soy el Supay, el bebedor de sangre, el Tiw, dios y amo de la mina.

VISITA A LAS MINAS DE POTOSÍ

Los parejas esperan en la plaza 10 de Noviembre, en pleno centro de la ciudad de Potosí, una de las más importantes en la historia de Bolivia. Situada a 4.800 metros sobre el nivel del mar, es una de las ciudades más altas del mundo y aún luce su arquitectura estilo colonial, con angostas callecitas adoquinadas, dispuestas en distintos desniveles y rojizas tejas desgastadas, ondulando en los techos de sus edificaciones. Las elegantes fachadas barrocas mestizas aún conservan suaves colores que se mimetizan con el cielo gris, cubierto de rollizas nubes. Decenas de iglesias están diseminadas por las calles, mostrando su imponente porte que no ha declinado desde hace más de quinientos años. Cada elemento contribuye a crear un sobrio y escueto escenario tan vivo y real como los esbozos creados por el cronista Guamán Poma de Ayala.

En medio de la muchedumbre que se desplaza por todos lados, turistas y locales, rubios y trigueños, forman parte del séquito diario de transeúntes que llegan de otras latitudes a la que una vez fue la ciudad más rica del mundo. En medio de la algarabía de propios y extraños, no se puede dejar de identificar a los comerciantes que se despliegan por toda la ciudad, ofreciendo sus ricas artesanías, tejidos de vistosos colores y succulenta comida típica.

Las dos parejas no dejan de mirar sus relojes y de especular sobre la llegada de un guía que contrataron para visitar la mina de *Pailaviri*, situada a unos 4.200 metros sobre el nivel del mar. Es la mina más antigua de Potosí, que empezó a ser explotada desde el año 1545 y continúa siéndolo hasta el día de hoy, sólo que ya no se extrae plata, sino estaño.

—No confío en este tipingo, como que me da mala espina —opina Verónica, soltando su mochila al suelo.

—Va a venir, no seas desconfiada, pues —contesta su esposo, José Luis.

—¡Allá está! —grita, María, haciendo señas con las manos —¡Vamos!

Leopoldo se estaciona en doble fila, conduciendo su viejo combi blanco. En torpes piruetas, lo aparca, baja y ayuda a meter las bolsas y mochilas en la parte trasera de la movilidad.

—Van a disculpar siempre, pero tuve que ir a cargar gasolina —apunta, evadiendo la mirada inquisidora de Verónica— Pasen, nomás, hay harto campo siempre.

—¡Uyyyy! ¿Por esta carcacha vamos a pagar tanto? —inquiére Verónica.

—¡Shhh, callate!, te va a escuchar —susurra el esposo.

—¡Bah! Que me escuche, pues, si es verdad. ¿O no?

Leopoldo se sube al volante y, encendiendo el motor, acelera provocando un chirrido de llantas.

—¡Oiga, con calma! Queremos llegar enteringos —reclama Verónica, molesta.

José Luis tuerce los ojos en señal de protesta, por lo que recibe un codazo en el costado.

—Y ¿por qué fue que no visitaron la mina en su último viaje? —inquiére Verónica, mirando a la otra pareja que se encuentra sentada al frente.

María traduce la pregunta a Marc, quien sólo habla francés, y éste contesta en su lengua materna.

—¿Qué dijo? —pregunta José Luis.

—Lo que pasa es que la última vez que vinimos a Bolivia invertimos mucho tiempo conociendo el oriente boliviano y cuando se nos ocurrió visitar Potosí, sólo tuvimos tiempo para ver el Salar de Uyuni. Marc está loco por entrar en la mina. Es algo que venimos queriendo hacer desde hace mucho tiempo —contesta María, sobando la rodilla de Marc, que asiente con un movimiento de cabeza.

Leopoldo da unos giros violentos por las angostas callecitas que conducen hasta el mercado minero, “El Calvario” y, de repente, frena en seco, soltando una exclamación.

—¡Ajj! ¿Y ahora qué? —exclama Verónica, sin disimular el fastidio— ¿Qué está pasando?

—No están dejando entrar. ¿Ven todas esas movilidades al frente? Están esperando a que desbloqueen la entrada. ¡A ver!, me voy a bajar a preguntar, ¿ya?

—Ayyy, José Luis... ¿Y ahora qué? —pregunta Verónica a su marido, apoyando el brazo sobre su hombro.

—Tranquila, seguro es algo momentáneo, ya podremos pasar.

María le iba traduciendo a Marc todo lo que acontecía, mientras éste enderezaba su cuerpo para ver mejor la escena que se desplegaba afuera.

—Malas noticias. No van dejar pasar a nadie. Están bloqueando todo el camino. Este mismo camino va a Tarija siempre, y han dicho que no van a dejar pasar a nadie.

—¿Y ahora? Nooo..., que nos lleve nomás al hotel. Qué se va hacer —dice Verónica, resignada.

—Pero, si quieren, les puedo llevar a otra mina. Por otro lado se va. Al Cerro Rico siempre. Ese cerro enorme que está allasitos detrás. Pero nadie va a esa mina —explica Leopoldo, expectante—. Los llevo hasta allá, por el mismo precio, más mi gasolinita —añade.

—No, no. Creo que mejor nos vamos —apresura Verónica, nerviosa.

—Amorcito, ya hemos llegado hasta aquí, aprovechemos de llevarlos a la mina, no sabemos si van a volver a tener una oportunidad, ¿verdad?

—Ya hemos visitado muchos lugares de Potosí; la Casa de la Moneda, la Catedral, la Torre de la Compañía y el Convento de San Francisco. No me parece que debamos arriesgarnos a ir a una mina abandonada.

—Nosotros vamos a ir —replica María, después de haber consensuado la situación con su novio.

—No, no, de ninguna manera, o vamos todos juntos, o no va nadie —dice José Luis, decidido.

—Mejor nos vamos todos al hotel, chicos.

—No seas testaruda, amorcito. ¡A ver! ¿Dónde está tu espíritu aventurero?

—¿Cuánto cree que vamos a tardar, Leopoldo? —pregunta la mujer, desconfiada.

—Unas dos horas, no más. Yo ya he llevado a otros turistas a esa mina y bien harto les ha gustado.

—¿Ves? ¡Tranquila! Tenés que relajarte y disfrutar de esta aventura. ¡Vamos Leopoldo!

—¿Me van a reconocer mi gasolinita?

—Sí, amigo, ¡vamos de una vez! —contesta José Luis, mirando de reojo la cara de descontento de su esposa.

Los francesitos se abrazan mostrando entusiasmo ante semejante aventura. Será, en definitiva, una experiencia inolvidable para ellos.

Leopoldo toma unos caminos intrincados, saliendo de la ruta que lleva al cerro chico de Pailaviri, bordea al gran Cerro Rico de Potosí. Desde el camino los turistas divisan pequeñas casuchas de adobe con techo de paja; toldos de madera abandonados; enormes torres de luz; promontorios de tierra caliza y piedras grises. Observan campesinitas con sus pequeños hijos. Las mujeres llevan vestidos de tocuyo bordados con abstractas figuras de vistosos colores y sombreros adornados con borlas y espejillos. Los niños van con pantaloncitos de tocuyo y chompa de lana de oveja, de curiosos diseños y colores; todos calzando sus abarcas negras de hule. No faltan los perros que corren a sus anchas, persiguiendo a sucias ovejas que buscan algo de hierba para comer.

—¡Pobre gente! —comenta José Luis.

—Están acostumbrados a vivir así. Son felices a su manera —objeta Leopoldo, mirando por el retrovisor.

—¿Quién puede acostumbrarse a vivir en estas condiciones? —cuestiona Verónica.

—Son gente humilde, señorita. Dios sabe dónde poner a la gente, dependiendo de la fuerza de su *ajayu* —contesta Leopoldo.

—¿De su qué? —inquieta José Luis, intrigado.

—De su ánima, pues, joven. Su espíritu.

El Cerro Rico se alza majestuoso, luciendo toda su grandeza y superioridad, a pesar de casi haber sucumbido bajo la angurria de sus explotadores, que estuvieron a punto de dejarlo como una cáscara vacía.

—¿Sabían que en la época de la colonia explotaron tanta plata que pudieron haber construido un puente desde Potosí hasta España? —dice José Luis, mirando a los francesitos.

—Cuentan que el Inca Huayna Capac vino de *Cantumarca* a *Colque Porco*, hoy Potosí y, admirado ante el imponente cerro, dijo: “Éste debe tener mucha plata en sus entrañas” y mandó a sus vasallos a labrar muchas minas —afirma Leopoldo, mientras los pasajeros escuchan callados—. Cuando sus vasallos subieron al cerro y empezaron a picar, oyeron un espantoso trueno. Una cavernosa voz les dijo: “No saques la plata de este cerro porque es para otros dueños” —balbucea Leopoldo, fingiendo una voz ronca—. Asustados los indígenas dejaron de buscar la veta y así se lo contaron al Inca. Por eso lleva este nombre: “*Potocsi*” que quiere decir: “hubo gran estruendo”.

—¿Acaso no lo llamaban *Sumaj Orcko*? —indaga María, con curiosidad, leyendo un pequeño librito de historia.

—Tiene varios nombres, señorita. Los indígenas también lo llamaban a este cerro “*Orckopotochic*”, que quiere decir: “cerro del que brota plata”, y también “*Sumaj Orcko*” que significa “cerro magnífico”.

— Y esos “otros dueños” eran los españoles —añade José Luis.

—Aquí dice que fue un tal Hualpa el que encontró plata en el cerro —opina María, sin desprender los ojos del librito.

—Sí, después de unos 80 años, en enero de 1545, un indio quechua que se llamaba Diego Hualpa estaba buscando a su llamita perdida en el cerro. Dice que, congelado de frío, encendió una fogata para calentarse. Y, ¿a qué no saben qué? —consulta, haciendo una pausa, con sus ojos bien abiertos.

—¿Queeé? —preguntan al unísono y de mala gana los tres que entendían el idioma.

—Se derritió una veta de plata.

—¡¡Ahhh!! —contestan una vez más al unísono.

—Sí. Al ver correr el hilito de plata, Hualpa, calladito se había ido en secreto a contar a su compadre, el Chalco Huanca. Y este Chalco Huanca le había ido con el chisme a un español y ¡chan! vinieron los muy codiciosos a explotarlo todo. Casi lo han dejado como un guardatojo —finaliza Leopoldo.

—¿Guardatojo?

—El casco del minero pues, joven.

—Se ve que se conoce bien la historia, ¿verdad? —comenta Verónica, desviando la mirada hacia el melancólico panorama.

—Ya voy trabajando de guía hace años, señorita. He contado esta historia cientos de veces —afirma Leopoldo, entusiasmado.

El paisaje cambia súbitamente, mostrando una gama de tonos rojizos, que varían de pálidos a intensos. El angosto camino se torna rocoso y accidentado al ir subiendo el cerro. No hay un alma por la zona, sólo ruinas de precarias casuchas de adobe, cuyos techos de paja han sido destruidos por los vientos o derruidos por

los años. Cerca de una cueva hay vestigios de actividad, de quién sabe cuántas décadas atrás. Viejas herramientas yacen abandonadas y oxidadas a la entrada de la gruta. Leopoldo aparca cerca de la entrada y, levantando polvo, frena en seco, ocasionando un revuelo con los pasajeros y bolsas.

—¡Epaaa!, ¡que no está trayendo yuca! —reclama Verónica.

—¡Ya hemos llegado! Ya pueden bajar, yo les paso las mochilas.

Las dos parejas se acercan a la bocamina, por donde escapa un agudo silbido desde el interior, provocado por una corriente fría de aire, un sonido similar al de la nostálgica quena.

—¡Ya! Aquisitos están las mochilas, ahora les voy a prestar los guardatojos.

La negra entrada es aterradora, como las fauces de un gigantesco monstruo, preparado para morder el primer bocado. Los visitantes se acomodan los cascos y, sujetando las mochilas, se detienen a evaluar la monstruosa garganta que se abre en frente.

Encienden las lámparas de sus cascos. Lentamente recorren unos doscientos metros hacia el interior de la mina, en un paulatino pero pronunciado descenso, hasta llegar al altar del guardián y dueño de la mina: “El Tío”.

—Aquí debemos hacerle la ofrendita —apunta Leopoldo, sacando de su mochila una bolsita de coca, unos cigarros y una botellita de alcohol.

—¿Para qué es eso? —pregunta María, traduciendo a Marc todo lo que Leopoldo va diciendo.